

Estudio etnográfico de Améscoa

(Tercera parte)

- I Deportes, juegos y diversiones
- II Enfermedades y medicinas
- III Vida religiosa

Investigaciones ETNIKER
Dirigidas por la "Cátedra de Etnología Vasca"
INSTITUCION PRINCIPE DE VIANA
De la Excm. Diputación Foral de Navarra.
Sexta entrega

INTRODUCCION

En este trabajo de investigación etnográfica, voy a tratar de reflejar la vida de nuestras gentes en su *aspecto deportivo, arte de curar las enfermedades y actividad religiosa*; pero tal y como era a principios de este siglo XX, con alguna alusión, si viniera a cuento, al pasado y al presente. Fundamento esta investigación en el testimonio oral de las personas que conocieron este modo de vivir. Han sido mis principales informantes, a los que agradezco su colaboración: Luisa García (57 años), Elvira Martínez (65 años) y Mariano García (78 años) los tres de San Martín; Gillermo Martínez (80 años) de Larraona, y el Auxiliar de Secretaría de Améscoa-Baja e hijo de Artaza, don Emilio Redondo, incansable rastreador de nuestro pasado.

Este trabajo contesta a la «Guía para una Encuesta Etnográfica - Grupo Doméstico (II)» de D. José Miguel de Barandearán y los números que van al margen de los distintos apartados, hacen referencia a este «cuestionario». La razón de omitir algunos números de la «Guía» se debe a que, o ya han sido agotados todos los datos referentes a los mismos en mis trabajos anteriores (Cuadernos... Núms. 7 y 8) o a no haber encontrado ningún dato de interés sobre los mismos.

I DEPORTES, JUEGOS Y DIVERSIONES

La pelota (Núm. 23)

El juego de la pelota merece le demos primacía por ser el más arraigado en el Valle y al que más afición se ha tenido, y se sigue teniendo, desde tiempos antiguos. En el año 1685 el Obispo de Pamplona daba este «mandato» a la parroquia de San Martín: «Item mandó S. Illma. que dicho Abad publique que, pena de excomuni6n mayor, no jueguen a pelota ni a otros juegos, mientras los oficios divinos»¹. Se explica que el Obispo prohibiera jugar a pelota durante los oficios divinos, porque era la pared de la iglesia la que servía de frontis para el juego.

En el año 1886 el pueblo de San Martín acordó construir un «juego de pelota» en el centro del caserío y he aquí las razones que movieron al Concejo y que quedaron consignadas en acta: «Que el pueblo, no teniendo un sitio recreativo en él y deseando tenerlo para reuni6n del vecindario en los días festivos y evitar por este medio el peligro de las tabernas, donde por lo general resultan pendencies, golpes y aun muertes, se desea construir un juego de pelota contiguo a los edificios y a la vista de las gentes, para evitar toda cuesti6n que en sitios ocultos podrían ocurrir y que estando a la vista, antes se pueden arreglar»². Este «juego de pelota» era una parcela de forma rectangular. En su lado Norte se levantaba la pared que hacía de frontis. El suelo era de arcilla bien amasada y en la parte derecha y a metro y medio de la pared, había una piedra labrada a ras del suelo de forma cuadrada y que servía para votar la pelota al hacer el saque. Paralela a la pared y a nueve metros de distancia, una filla de ladrillos marcaba la línea que debía rebasar la pelota al hacer el saque. Le llamaban el «escás». A principios de siglo todos los «juegos de pelota» del Valle eran semejantes al de San Martín. En estos últimos años a los de S. Martín y Zudaire se les ha añaído la pared izquierda, en todos se ha recubierto el suelo de cemento y en Eulate han construido un hermoso front6n cerrado. No hay memoria de haberse jugado en las planicies de las Montañas. Siempre se ha jugado a mano. Las pelotas se compraban en Estella. Los mayores jugaban con unas pelotas que llevaban en su interior una bolita de goma (el cozorro) apretada y envuelta en lana o algod6n y forrada de cuero; valía dos o tres pesetas. Los niños hacían ellos mismos sus pelotas con trapos y lana cuya superficie cosían para que no se deshilaran o compraban en Estella unas pelotas de trapo y lana forradas de

¹ Archivo de la Parroquia de San Martín. Libro 1.º de Primicias, fol. 5.

² Archivo del Concejo de San Martín.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

cuero y que valían treinta o cuarenta céntimos. En los partidos de pelota se apostaba el vino que se bebía mientras duraba el partido.

El juego de la calva (Núm. 21)

A principios de siglo aún se practicaba este juego al que debió de haber una afición muy grande en tiempos pasados. Los ancianos recuerdan perfectamente con que pasión se daban los mayores a este juego, cuando ellos eran niños. Era este un juego al que podemos catalogar como de lanzamiento de piedras. El lugar, una faja de terreno estrecha y alargada. Plantaban un palo o un guijarro alargado en el suelo y desde un punto convenido lanzaban contra él unas piedras redondas (cantos rodados) que por su forma redondeada y lisa, llamaban «calvas». Nadie recuerda el nombre que daban al palo que hacía de hito. Jugaban dos bandos y en cada bando dos o tres jugadores. Cada vez que un jugador pegaba al hito, su bando se apuntaba un tanto. La partida era a X tantos y en ella se ventilaba el vino que consumían los jugadores³.

El juego de la barra de hierro (Núm. 22)

Debió de estar muy en boga en los siglos pasados y a él se daba la gente con pasión, como se desprende de este documento que se halla en el archivo del Ayuntamiento de Améscoa-Baja. Es un despacho de la Real Corte de 9 de agosto de 1778, en que se condena a Juan de Asurmendi y a Juan y Juan Angel López, Regidores de Artaza... para que procedan con más cuidado y precaución siempre que se tirase al juego de barra... «Iten se les apercibe a dichos Regidores que en casos semejantes al que resulta en la sumaria y otros en que hubiere contusión de alguna consideración o herida, procedan a dar parte inmediatamente al Alcalde. Manda al Fiscal pongan en libertad a Juan Asurmendi, Juan y Juan Angel López que estaban en la cárcel. Y dirige una carta a todos los Regidores del Valle para prevenirles que siempre que ocurriese en los referidos Lugares «juego de barra» que la gente esté con alguna distancia, para evitar lo que en poco tiempo ha ocurrido de haber resultado tres heridos⁴. A principios de siglo estaba a punto de desaparecer o había desaparecido ya el juego de barra, pero aún estaba de moda esta canción irónica:

El que quiere ser buen mozo
Y buen tirador de barra

³ Véase *Estudio Etnográfico del Romanzado y Urraúl-Bajo*, de José de GRUCHAGA y PURROY, "Cuadernos de Etnología y Etnografía", núm. 5, p. 203.

⁴ *Sentencia sobre un herido en juego de barra*, año 1778, "Archivo del Ayuntamiento de Améscoa-Baja", Legajo S. L., núm. 28.

Que coma fuerte lechuga
Y beba buen trago de agua.

(Núm. 22) Gustaban nuestros hombres y mozos de medir sus fuerzas... porque los había forzudos de verdad: Me cuentan de Tomás Elcarte (murió en la guerra civil) que a sus diecinueve años, dio cincuenta y dos golpes seguidos en una piedra con una maza de hierro de 22 kgs. de peso. El procedimiento más usado para comprobar quién tenía más fuerza, era lo que ellos llamaban «*jugar al palo*». Se sentaban frente a frente los dos contendientes apoyándose mutuamente en las palmas de los pies. Agarraban ambos un palo con sus manos y forcejeaban hasta que uno de los contendientes arrastrara el palo hacia sí e hiciera levantar el trasero al contrario. A veces este juego individual se convertía en colectivo, formando cadena varios jugadores en cada bando, abrazando el de atrás al de adelante por el pecho, para conjuntar fuerzas.

El juego de los bolos (Núm. 23)

Los mayores de cuarenta años recuerdan con nostalgia el «juego de los bolos» que no hace todavía muchos años ha desaparecido de nuestro Valle. Era sitio apropiado para practicarlo, cualquier lugar que tuviera el suelo liso, los preferidos eran el frontón y los pórticos de las iglesias. Los bolos eran unos palos de forma cónica pero terminados en una bolita redonda, que medían 25 cm. de altos y en la base 4 cm. de diámetro. Lo que llamaban «bola» de tirar era un palo corto de 5 cm. de diámetro y 12 cm. de largo. Jugaban con seis bolos que colocaban en dos hileras (formando un rectángulo) y lanzaban las «bolas» desde una distancia de 24 pies. Cada jugador tenía derecho a lanzar tres «bolas» consecutivas y hacía «buena» o «chirla» cuando derribaba todos los bolos menos uno. Se jugaba en función de apuestas. Todos los jugadores podían apostar contra el tirador y las monedas que «casaban» se depositaban en el suelo, cerca de los bolos. Si el tirador hacía «buena» o «chirla» con los tres lanzamientos, se llevaba todos los dineros de la apuesta, de lo contrario tenía que pagar a cada contrincante lo correspondiente a su apuesta. El dueño de los bolos cobraba el «barato»; cinco céntimos por cada tres «buenas».

El juego de la sogá

Cuando en la Cuaresma se suprimía el baile, los jóvenes de ambos sexos entretenían muchas tardes domingueras con lo que llamaban «juego de la sogá» que apenas tenía que ver nada con el «saltar a la sogá» que tanto gustaba a las niñas. Ataban una sogá larga por sus dos extremos

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

para formar una circunferencia, chicos y chicas agarraban la soga con sus manos y el que «pagaba» se colocaba en el centro del círculo. El juego consistía en que el jugador del centro pillase a uno de los que agarraban la soga; para evitarlo, éste corría sin soltar la cuerda y todos le ayudaban corriendo en su misma dirección.

(Núm. 24) No se tiene noticia de que se organizaran en Améscoa apuestas de hacha, ni barrenos, ni de pruebas de bueyes, ni de peleas de carneros, pero cuando en la década de los cincuenta, el Club Deportivo Izarra, de Estella, organizó unos campeonatos comarcales de aizkolaris, varios amescoanos tomaron parte en ellos, conquistando Daniel Aznárez, de Gollano, la copa de campeón los años 1955 y 1956 y uno de los años anteriores la ganó su hermano Dámaso.

Juegos en que se ventilaba dinero

Los muchachos, y también los mozos, se jugaban sus ochenas y cuatrenas a las chapas, a la pachusca y al palmo. El juego de las chapas y la pachusca o patruska se desenvolvían tal y como los describe con todo detalle José de Cruchaga y Purroy en el núm. 5 de «Cuadernos de Etnología y Etnografía» pág. 205. *Al palmo* jugaban de esta manera: Sorteaban el orden de actuar. Golpeaba el primero la pared con una ochena o cuatrena fuertemente para hacerla rebotar y que saltara lo más lejos posible. El segundo trataba de conseguir que, al rebotar su moneda en la pared, fuera a parar cerca de la otra. Si se aproximaba a una distancia menor o igual a un palmo, las dos monedas eran para él, de lo contrario la moneda quedaba en el suelo y el tercero tenía la oportunidad de acercar su moneda a una o las dos y así sucesivamente. El palmo era un palito elegido por los jugadores y que medía aproximadamente un palmo.

Juegos de naipes (Núm. 26)

El juego de cartas con que nuestras gentes han estado y siguen estando encariñadas, es el *mus*. Se suele ventilar en él, el gasto de la consumición. Se jugaba antiguamente al tute y hace unos años hubo bastante afición al subastado (una modalidad del tute). Las mujeres juegan a la *brisca*.

DIVERSIONES POPULARES (Núm. 27)

La diversión popular por excelencia y desde muy antiguo, ha sido el baile. Hasta hace todavía pocos años el único que se practicaba era el baile suelto de la jota. Constituía la diversión de la gente joven en las

tardes domingueras. Al salir de las Vísperas, los hombres se apiñaban al borde del frontón. Muy pronto los más aficionados concertaban un partido de pelota que servía de sano ejercicio deportivo a los jóvenes y de solaz y a veces de espectáculo apasionado para los mayores. Los «mozos» después de un recorrido por las calles con sus guitarras, reunían a chicos y chicas en algún lugar cercano al frontón donde se organizaba el baile que duraba toda la tarde. A la primera campanada del «toque de Oración», las mozas, como impulsadas por un resorte mágico, corrían a sus casas y los mozos se recogían en las tabernas o centros de recreo o rondaban por las calles.

Durante la Cuaresma se suspendía el baile y los jóvenes de ambos sexos entretenían su tarde dominguera con el juego de la sogá o alguna otra diversión.

El baile debió de estar desde siempre muy enraizado en la idiosincrasia de nuestros pueblos. En el año 1685 el Obispo de Pamplona, en su visita a la iglesia de San Martín, daba este «mandato»: «Que el dicho Abad publique que ningún clérigo baile con ninguna mujer, pena de excomunión mayor y de quatro cornados»⁵. ...Se trataba de abusos de los clérigos? ...o de que éstos, con la mayor naturalidad, tomaban parte en las diversiones del pueblo...? ...«La danza, dice Julio Caro Baroja, era para los antiguos guipuzcoanos una función propia de los días especiales en que intervenía todo el pueblo, desde las familias más aristocráticas, a las más humildes, y en la que participaban, no solo los jóvenes, sino también los casados y viejos e *incluso los sacerdotes* y las autoridades del pueblo»⁶.

Los únicos instrumentos músicos que se empleaban a principios de siglo eran las guitarras y el acordeón. Modesta Díaz (80 años) me confesó que en Gollano, cuando ella era joven, no tenían más que la pandereta, con ella tocaban y a su son bailaban.

Contamos con un texto antiguo por el que sabemos que el instrumento músico que se usaba en el siglo XVIII era la gaita y el dalar? (no está clara la lectura del nombre). Es un «mandato» del Obispo de Pamplona a la parroquia de San Martín en el año 1742: «Iten por quanto estamos informados de algunos abusos e irreverencias que se hacen en los templos y sus zementerios... mandamos no *se dance* ni toque dalar?, ni *gaita* en la iglesia y su zementerio, ni en este se dé de beber a los hombres, todo lo qual se cumpla y execute, pena de una libra de zera

5 Archivo Parroquial de San Martín, Libro 1.º de Primicias F. 6, vuelta.

6 Julio CARO BAROJA, *Los Vascos* (Ediciones "Istmo", 1971), p. 313.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

para la iglesia»⁷. Este mandato nos hace sospechar de que también en Améscoa existieron danzas sagradas que se practicaban en la iglesia.

Por su indudable interés etnográfico, transcribo a continuación este «mandato» del Visitador General del Obispado de Calahorra a la parroquia de Aranarache en el año 1618: «Iten que el dia del Santissimo Sacramento ni otras festividades, no se entre a disparar escopetas dentro de la iglesia por el daño que producen y la indecencia y que no entren *enmascarados* dentro de la iglesia ni *disfrazados*, pena de excomunión mayor en la que incurran y los eviten de los divinos oficios»⁸.

JUGUETES, JUEGOS Y DIVERSIONES DE LOS NIÑOS

A principios de siglo los niños amescoanos no conocían otros juguetes que los que ellos mismos se fabricaban. A las niñas encantaba jugar a «comidicas»... y a muñecas, que ellas mismas modelaban con trapos (tal vez una patata hace de cabeza) y para las que ellas mismas confeccionan sus vestiditos. A los niños un simple aro, desprendido de una caldera vieja, al que llaman «corroncha», sirve de entretenimiento con sólo hacerlo girar por las calles a impulsos de un alambre consistente que, con una horquilla en su extremo, hace de guía. Ellos mismos fabrican sus «chulubitas», sus hondas, sus tirabeques y sus «chulufiteras». Pero sobre todo, unas y otros contaban con una gran variedad de juegos que les proporcionaban distracción, ejercicio físico y diversión.

(Núm. 30) Los juegos de carreras más usuales entre los niños eran el «iluveo» y el rescate. En el primero al grito de ¡al iluveo!... todos ellos, excepto el que «paga» se dispersan y corren a esconderse por los rincones del pueblo. El que «paga» trata de encontrarlos y le basta con descubrir a uno y gritar su nombre; éste será el que «paga» en el juego siguiente. El «rescate» se practicaba en el frontón. Se trazaba una circunferencia en el suelo. El que «paga» corre a «pillar» a los jugadores. A los que atrapa va encerrándolos en el círculo, pero tiene que impedir a la vez que alguno de los que están libres, rescate a los encerrados con sólo tocarlos con su mano.

Como de lanzamiento podemos catalogar al «juego del chirimbolo». El «chirimbolo» es un palito de unos ocho centímetros de largo y dos de diámetro al que se le afilan los dos extremos. El otro elemento de juego es un palo de unos setenta centímetros de largo, y el sitio una campa

7 Archivo Parroquial de S. Martín, Libro 1.º de Primicias, fol. 75, vuelta.

8 Archivo Parroquial de Aranarache, Libro 1.º de Fábrica, fol. 120.

cualquiera en la que haya un trozo de suelo liso. Se hace una circunferencia en el suelo. Se coloca el «chirimbolo» en el círculo y se le golpea en una de las puntas con el palo, para, al brincar, volver a golpearle en el aire y lanzarlo lo más lejos posible. El que «paga» corre a recoger el «chirimbolo» y desde el punto en que quedó lanzarlo con maña para introducirlo en el círculo, esquivando el palo del jugador que tratará de atajar su trayectoria golpeándole y desviándolo lejos de nuevo. Cuando el que «paga» logra introducir el «chirimbolo» en el círculo, este juega y el otro «paga».

Propios de las niñas eran los juegos de tabas, saltar a la cuerda y «moritas moras». Llamaban «moritas» a los trozos de platos o cacharros de barro rotos. Se sorteaba el orden de intervenir. La primera toma en sus manos cinco «moritas» y dice: —«Moritas moras»... Las restantes contestan: «Al suelo caigan todas»... Lanza al aire las «moritas» y apara el dorso de la mano para recoger alguna de ellas. Si no queda ninguna, ha perdido. Si son varias, sin la ayuda de la otra mano se desprende de todas menos de una y con la «morita» en el dorso va cogiendo con los dedos las «moritas» del suelo y depositándolas a un lado, al tiempo que dice: «morita una, morita dos, morita tres, morita cuatro... y al decir y «con la mía cinco», lanza al aire la morita del dorso y la recoge con la palma de la mano.

(Núm. 32) La mayor parte de los juegos se practicaban en todos los tiempos, pero había algunos característicos de cada estación. Así el juego del hínque era propio del Otoño; el mal tiempo del invierno obligaba a los chicos a refugiarse en los corrales o cubiertos, donde se entretenían con la «chinchilincorda» o jugaban a la «morra», y característico de la primavera era «el juego de los alfileres», hacer silbotes y buscar nidos.

Llamaban juego de la «morra» al de la «gallinita ciega». Vendaban los ojos del que «pagaba» con un pañuelo, se escondían los restantes en los rincones del corral y el de los ojos vendados tenía que atrapar a uno de ellos y conocer quién era.

(Núm. 33) Se practicaba en Améscoa el juego de bramante, haciendo combinaciones con un hilo enlazado entre los dedos y formando figuras como de una cunita o una sierra; pero nadie recuerda el nombre que daban a este juego.

(Núm. 35) Los niños hacían ellos mismos sus columpios valiéndose de sogas que colgaban de las vigas del techo de los corrales. Al columpio llamaban «chinchilincorda».

(Núm. 36) También los niños tenían su «juego de bolos». Llamaban «bolos» a los trozos de tabla serrada que quedaban como desperdicios en la carpintería. Los niños se apropiaban de ellos y se los disputaban con ardor en el juego. Apilaban los «bolos» en el centro de la piedra

de saque del frontón o en un cuadrado marcado por ellos en el suelo y desde una distancia convenida, lanzaban contra la pila un trozo de tabla algo mayor y todos los «bolos» que por efecto del golpe salían de la piedra o el cuadrado, eran para el lanzador.

El juego del hínque (Núm. 38)

El hínque era un palo de unos 50 cm. de largo y por lo menos 4 cm. de diámetro, al que se le afilaba una punta por un lado y se pulía el otro extremo para que no rozara la mano del que lo manejaba. En una campa cualquiera se marca un círculo que se riega con agua para reblandecer la tierra. El juego consiste en clavar en el círculo el hínque pero haciendo que a la vez roce otro de los que están tiesos y lo derribe. Entonces, como castigo, lanza el hínque derribado lo más lejos posible y su dueño tiene que ir a recogerlo. Mientras éste vuelve, el que lo lanzó, deberá hincar el suyo en el círculo siete veces seguidas.

(Núm. 39) Eran muy aficionados los niños a imitar a los mayores en sus labores y en sus juegos. Se abrazaban dos de ellos por el cuello simulando la pareja de bueyes y un tercero la arreaba y guiaba con su palo a semejanza del bueyetero. Gustaban, sobre todo, de construir sus «chabolas» a veces levantando paredes de piedra y hasta empleando barro como mortero y cubriéndola de céspedes.

Imitaban sus juegos, v. gr., con lo que también ellos llamaban «jugar a la calva»: Colocaban en una pequeña prominencia un puchero viejo o un bote de hojalata y desde una distancia convenida, le arrojan piedras. Ganaba el que rompía el puchero o derribaba el bote. En Eulate, los niños jugaban al «ziri». Llamaban «ziri» a un palo que plantaban tieso y sujetaban con unas piedras que colocaban a su alrededor y desde una cierta distancia tiraban a pegarle con «calbarris» piedras fósiles que se parecían en su forma a las calvas que usaban los mayores.

(Núm. 41) En las veladas invernales, para distraerse, se recurría a veces, al juego de adivinanza que llamaban «veo, veo». Se entablaba este diálogo entre el que hacía de actor y los que habían de adivinar: —Veo, veo... —¿Qué ves...? —Una cosita... —¿Con qué está escrita...? —Con «pa», dice v. gr. el actor descubriendo la primera sílaba de la palabra que él ha gravado en su mente (v. gr. palo), y que ayuda a los jugadores a adivinarla.

(Núm. 42) Gustaban los niños de jugar con barro para hacer monigotes y figuras de animales. Empleaban arcilla que reblandecían con agua y amasaban con las manos.

LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ

Pasión de los niños en la primavera, fabricar silbotes a los que llamaban «chulubitas» o «chulufitas». Las hacían con ramas de fresno o chopo y cuando la savia fluye abundante (sudan). Para facilitar la extracción de la corteza, golpeaban la superficie de la rama con una navaja al tiempo que decían.

Chulubita suda, suda
Con un casco de herradura
Chulubita sal, sal
Con un casco de ramal.

La elaboración de las «chulubitas» la describe detalladamente José de Cruchaga y Purroy en «Cuadernos de Etnología y Etnografía» núm. 5, páginas 209-210.

Con palos de sauco elaboraban unos artilugios para lanzar bolas de estopa a impulso del aire comprimido. Les llamaban «chulubitera». Cortaban un palo de sauco de unos 15 cm. de largo, le extraían la médula con una baqueta de hierro rusiente y con un palo delgado hacían el émbolo⁹.

El juego de los alfileres (Núm. 44)

A partir del Sábado Santo y durante una buena temporada el juego de moda entre niños y niñas era el de los alfileres. (Véase lo que respecto a los alfileres del «monumento», digo en el apartado núm. 154 de este trabajo). Dos eran las modalidades del juego. Una muy sencilla: Un jugador escondía su alfiler en la mano pero apretando con sus dedos pulgar e índice uno de los extremos del alfiler, que lo mismo podía ser la punta que la cabeza a la que llamaban «cozcota». Mostrándosela preguntaba al contrario: —Punta o cozcota...? Si acertaba, el alfiler era para él, de lo contrario, debía entregar uno de los suyos al contrincante.

La otra modalidad consistía en colocar todos los jugadores sus alfileres en el suelo y cubrirlos con polvo. Con una piedra van golpeando, según un orden establecido previamente, en el montoncito de polvo y todos los alfileres que, por efecto del golpe, quedaban al descubierto total o parcialmente, quedaban de propiedad del que había lanzado la piedra.

(Núm. 45) Para sus juegos los niños suelen a veces formar sus asociaciones o «cuadrillas» que no duran más que el juego.

⁹ Véase *Estudio Etnográfico del Romanzado y Urraúl-Bajo*, "Cuadernos de Etnología y Etnografía", núm. 5, p. 211.

II ENFERMEDADES Y MEDICINAS

(Núm. 46) Era muy reducido el número de enfermedades que conocían nuestras gentes de principios del siglo... la viruela, la pulmonía, el catarro, la gripe, el sarrampión, las paperas, la perlesía... Para Matías Huarte, de San Martín, que se daba aires de curandero, no había otra enfermedad que el «trancazo» y lo único que recetaba: «Cocer un cántaro de «sanguinaria» y tomar el «caldo» a discreción». Tenían una patología «sui generis»: Varias enfermedades se debían a la «reciura» de la sangre. Se hablaba de «un humor que se me ha encajado» o de «un frío que he cogido» o «un pasmo por salir sudando y enfriarse» y que en la Primavera tiene lugar «el cambio de la sangre».

Los «remedios» más usados consistían en emplastos e infusiones de plantas a las que se atribuía una virtud curativa...

Como buenos cristianos que eran recurrían a la oración, pero, sobre todo en casos graves, a la oración acompañada o seguida de algo difícil de realizar, de algún acto penitencial, ya que la oración es más eficaz si va acompañada del sacrificio.

Se servían, en fin, de recursos faltos de toda lógica, porque el enfermo de todos los tiempos, a cuenta de curarse, ha creído ingenua y ciegamente en los remedios más inverosímiles...

De las plantas con virtud curativa han tenido mucho predicamento: la sanguinaria, la karraskilla, las malvas, el sauco, la linosa, la manzanilla, el ajo, la cebolla, la lapa...

Sanguinaria es una hierba que sale en Lokiz, cuya infusión es muy desagradable. En Larraona la llaman «hierba de siete sangrías, muy mala de tomar, pero que hace mucho bien porque adelgaza la sangre». Su nombre científico es «poygomum avinclare», en castellano «sanguinaria mayor».

La *karraskilla* es un arbusto de hoja redonda, parecida a la del encino, que al cocerla hace un «caldo» de muy buen tomar. Su nombre científico «*quercus coccifera*», en castellano «coscoja».

La *malva* y el *sauco* (*malva silvestris* y *sambucus nigra*) son muy abundantes en el Valle. Al sauco llaman «inchusa». Malvas y flor de sauco recogidas en el día de San Juan antes de salir el sol, se guardaban colgadas de las vigas de algún cuarto y constituían un excelente remedio curativo.

LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ

La lapa (arctium lappa o lappa maior), en castellano lampazo.

Manzanilla (Matricaria chamomila). La manzanilla de la sierra de Urbasa es muy apreciada y muy buscada.

Linosa. Lllaman «linosa» a la semilla del lino que se cultivaba en el Valle, para distinguirla de la «linaza» que se compraba en las farmacias. La linosa era muy empleada para hacer emplastos.

El muérdago se emplea como medicina excelente para curar el asma. Su nombre científico es «viscum album» y en Améscoa llaman «miura». Según José María Lacoizqueta en su Diccionario de nombres vascos de las plantas, «miura» es el nombre vasco del muérdago y lo descompone así: mi-ura de mi (corrupción de mima o mamiya) = pulpa y ura = agua y se refiere al jugo pegajoso que tienen las bayas de esta planta. Abunda en los espinos de la sierra de Urbasa en los que vive como parásita.

El ajo, la *cebolla*, etc., son conocidos de todos.

Aceite o grasa de micharro. Al lirón llaman en Améscoa «micharro» y su grasa es muy apreciada para curar el reumatismo.

MEDICINA POPULAR

(Núm. 48) A las personas de pelo rubio se las tenía por debiluchas y por más fuertes a los de pelo negro.

(Núm. 49) Sobre el color de los ojos se decía: «Ojos azules, mala pintura, donde no hay ojos negros, no hay hermosura». También: «Ese tiene unos ojos más vivos..., ya tendrá mal genio...».

(Núm. 52) Se distinguían dos temperamentos: tranquilo y nervioso. «A los gordos se les tenía como de temperamento tranquilo y a los flacos como de temperamento nervioso».

(Núm. 53) De los ensueños se creía que eran efecto de «cavilar» mucho.

(Núm. 54) Del que estornudaba tres veces se decía que estaba muy bien; si únicamente lo hacía una o dos veces, que no estaba del todo bien. Cuando a un niño pequeñín se le oía estornudar tres veces seguidas, se exclamaba: «Ya es de vida». Al primer estornudo, los que le acompañan dicen Jesús, al segundo María y al tercero José.

(Núm. 55) El aire de la noche es insano, por eso «se han de cerrar bien ventanas y rendijas para que no se filtre». De la luz de la luna se decía que «roba el color de la cara», por tanto no se debe andar por des poblado durante la noche, porque la luz de la luna pone el rostro pálido. Del aire de la noche de San Martín se decía que determina el tiempo que

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

va a hacer hasta Navidad; si el aire de esa noche es bueno y templado, el tiempo será bueno, de lo contrario malo. Lo mismo se creía y se sigue creyendo del aire que corre a las doce de la noche de las cuatro témporas, que determina el tiempo que va a hacer en los tres meses siguientes. Se creía y aún se cree en la influencia de la luna: Si se siembra la alholva en creciente, no arraiga bien, sale la semilla a la superficie. Lo mismo se cree de los ajos. (Dicen «creciente» al intervalo de tiempo en que la luna está en cuarto creciente y «mengua» al intervalo en que la luna está en cuarto menguante).

Al fiemo (estiércol) se le debe dar vuelta en «mengua». Si se le da vuelta en «mengua», se pone negruzco y de buen aspecto; pero si se le da vuelta en «creciente», pierde mucho, se pone seco y blancuzco. Se creía que según se mate el cerdo en mengua o creciente, el tocino se agranda o empequeñece, así lo dicen estos refranes: «Si quieres que el tocino, al cocerlo, crezca en el puchero, mata el «cocho» en creciente»; «si quieres que el tocino, al cocerlo en el puchero, no salga aumentado, mata el cocho en mengua». La poda de los frutales debe hacerse en «mengua». Los árboles, maderables, deben cortarse en creciente, la madera sale mucho más blanca.

(Núm. 56) Para mejorar el aire de la cámara se quemaba azúcar, o hierba buena, o espliego, y también «incienso de giniebro» (Los enebros segregan un jugo, que al endurecerse sobre la corteza, forma unos granos como de incienso).

(Núm. 58) Como signos de salud se consideraban los diviesos y las almorranas. «Se creía que por los granos salía el mal del cuerpo». También se tenía como signo de salud el «sangrar por las narices».

(Núm. 66) En todas las casas se procuraba tener a mano los remedios siguientes: manzanilla de la sierra, té de las peñas, sanguinaria, flor de malvas, hojas de sen como purgante... y el «cerato». Era el «cerato» un unguento que se obtenía así: En una sartén se mezclaban cera virgen, manteca de cerdo y un poco de aceite y piel verde de «inchusa» (sauco), una piel verde que tienen los tallos del sauco entre la parte leñosa y la corteza externa. Se fríe la mezcla y se deja enfriar.

Antes de llamar al médico se consultaba con alguna persona de las que se tenían como más entendidas. «En todos los pueblos había alguna mujer a la que se le consideraba como curandera o tener algo de bruja.

(Núm. 63) La convalecencia se reconoce en el color y en que se engorda.

(Núm. 67) Se recurría muchas veces a las sangrías. Dice Luisa García: «A mi padre le dio un parális y le hicieron una sangría». Solamente

los médicos practicaban las sangrías; la gente hacía uso de las sanguijuelas, que se aplicaban al brazo. «Nosotros, dice el Sr. Guillermo, teníamos siempre en casa una botella con sanguijuelas».

(Núm. 70) Las sangrías están indicadas en la Primavera porque en este tiempo tiene lugar el «cambio de la sangre».

(Núm. 69) Se empleaban mucho las ventosas. Martina Domeño, de San Martín, las aplicaba de esta manera: «Colocaba encima de la piel del miembro enfermo una «ochena». (Una moneda de cobre de diez céntimos, las de plata no sirven). Sobre la moneda una cerilla encendida, y cubría moneda y cerilla con un vaso de cristal. Al hacerse el vacío por el enrarecimiento del aire, se abultaba la piel y salía el mal». Informa el abuelo Guillermo: «Las ventosas se empleaban para curar el mal de «lau» (mal de costado). A veces se sentía un dolor en el costado que quitaba la respiración y se formaba un bulto pequeño. Se aplicaba al bulto una ventosa. Si se comenzaba a eructar, buena señal. Al desaparecer el bulto la ventosa se desprendía; ya estabas curado».

(Núm. 71) Como purgantes se emplean las hojas de sen y las ciruelas pasas.

Sortilegios y maldiciones (Núm. 73)

Antiguamente la gente tenía mucho miedo a los gitanos y mendigos que echaban la maldición. Se creía que algunas personas tenían «maleficio» (el poder hacer daño con hechizos y sortilegios). «Una noche, dice Martina Domeño (80 años), en casa de Domingo Cambra se alborotaron las vacas y no había modo de templarlas, se creyó que había por allí algún individuo que les hacía maleficio», «en otra ocasión pasó lo mismo en mi casa con los machos».

A los chicos debiluchos los creían bajo el influjo de algún embrujo o maleficio y los llevaban a la Virgen de los Conjuros, de Arbeiza.

Sin embargo, a la pregunta que hice al Sr. Guillermo de Larraona sobre «maleficios y sortilegios», me atajó rápido: «*Aquí de eso nada, la maldición no mata al lobo*». Y al preguntar Luisa, de San Martín, a su abuela sobre el significado de aquella pata de tejón (un amuleto) que guardaban en el viejo armario, contestó rápida y enérgica: «estas cosas las chicas las dejan quietas y se callan...». Estas contestaciones me han hecho sospechar si aquello de nuestro viejo P. Astete de «creer en agüeros y uso de hechicerías», no habría calado en la conciencia de nuestras gentes hasta el punto de tener por pecado el relato sobre genios y espíritus y ser ésta la causa de que no se encuentren en Améscoa ni rastro de las leyendas que tanto abundan en el país vasco.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

Porque imaginación no faltaba a nuestros abuelos: «En una lasca del camino que sube del puente Zuceberri y «río seco» hacia Basaula, en el paraje llamado «txapartu», hay una hendidura que se asemeja a la huella de un casco caballar... le llaman «la herradura del Caballo de Santiago» y allí mismo hay un portillo que dicen abrió en la roca con su pecho el Caballo del Santo». En la sierra de Urbasa, en el paraje llamado «Balsaberri», muy cerca del camino que va del puerto de Baquedano a Bardoiza, hay una roca que tiene una hoquedad que se asemeja al ojo de un puente... le llaman «el puente del Diablo». Y dicen «cueva de las Brujas» a una grieta que aparece en unas rocas cercanas al pueblo de Barindano.

Residuos de supersticiones han tenido vigencia hasta nuestros días. Ensarto a continuación algunas que me han relatado últimamente: «Es de mal agüero encontrarse con dos escobas cruzadas, presagia alguna desgracia». «En las tormentas hay que poner los espejos vueltos o esconderlos, porque atraen los rayos». «Si se lava la cara el gato, o se pone de espaldas al fuego, es que va a hacer mal tiempo o va a llover». «No se pueden cortar las uñas en los días de la semana que tienen «r» (erre) porque aparecerán los enemiguillos en los dedos». «En Artaza un hombre llamado Abraan García, que murió hace unos treinta años, pedía que cuando muriera le pusieran un duro (una moneda de cinco pesetas) en la mano». (Informa Emilio Redondo que en el cementerio de Artaza han aparecido algunas monedas.)

Las enfermedades contagiosas (Núm. 74)

Las que más miedo daban, eran la viruela y el tifus. Si se daba un caso de viruela en un pueblo, cerraban la casa afectada y servían a los enclaustrados, por la ventana, todo lo que necesitaban. Del servicio se encargaban los parientes y si éstos se negaban o no había parientes, el servicio lo hacían «a renque» los vecinos del pueblo.

Votos y peregrinaciones (Núm. 75)

Era muy corriente, al caer en una enfermedad grave, o verse en un grave peligro, hacer promesas de visitar santuarios y otras clases de votos. Solían ser los familiares del enfermo, los que hacían las promesas: «Lo hemos ofrecido a la Virgen del Puy»... se oía con frecuencia. Informa Germán Elcarte: A principios de siglo se tenía en San Martín mucha devoción a la Virgen de Luquin. Siendo joven me tocó acompañar a mi madre y tía Emilia hasta Luquin, en cumplimiento de una promesa. Atravesamos la sierra de Lokiz y pernoctamos en Zufía para llegar a Luquin al día siguiente. Las dos mujeres hicieron el viaje de ida *descalzas*». El se-

ñor Guillermo de Larraona se expresa así: —«De votos y promesas aquí mucho... uno que si a Santa Teodosia, abogada contra el reuma... otro que si a la Virgen de Codés... o a San Fausto las estériles para tener familia... o los que tenían agitación a San Vitor, a una ermita que tiene el Santo en el puerto de Azaceta (Alava)... Se tenía mucha fe en estas visitas».

Se hacían promesas de «vestir el hábito de alguna advocación de la Virgen... del Carmen, de la Purísima... o el hábito de algún Santo, como el de Santa Rita».

Se colocaban estampas debajo de la almohada del enfermo, se encendían velas a las imágenes de la Virgen o de los Santos, se rociaba la cama del enfermo con agua bendita».

(Núm. 80) Me dice el abuelo Guillermo de Larraona: «Cuando yo era niño pequeñito, mi madre me curó de una hernia, pasándome por debajo del Palio. Lo hizo con permiso del Cura. Antiguamente, para curar un niño «quebrado» (herniado) lo pasaban por la grieta de un árbol. Lo hacían así: Tenía que ser un árbol joven. Hacían una raja en el centro del tronco abriéndolo de arriba a abajo. Con unas cuñas muy gordas ensanchaban la grieta hasta que la abertura fuera lo suficientemente grande como para que pudiera pasar el niño. Lo tomaba el padre en sus brazos y lo introducía en la grieta y la madre lo recibía del lado opuesto. Era condición precisa, para que el niño curara, que el árbol no se secase a consecuencia de las heridas. Por este motivo, después de hecho el «pase» (la operación de pasar el niño), se quitaban las cuñas y se obligaba al árbol a volver a su posición normal y, para que cicatrizaran, se recubrían las grietas con arcilla. Para ser del todo exacto, tengo que decir, puntualiza el Sr. Guillermo, que no recuerdo perfectamente de si se trataba de curar la hernia o de otra enfermedad, aunque casi estoy seguro de que se trataba de niños «quebrados»; de lo que sí puedo dar fe y atestiguar es, de que esta operación se ha realizado en Larraona más de cuatro veces».

El Párroco de Larraona me ha confesado que no hace todavía mucho tiempo que un señor que tenía una hernia le pidió permiso para pasar debajo del Palio al salir de la iglesia la procesión del Corpus.

El escozor de los niños

Cuando no había polvos de talco, si los niños se escozían, les aplicaban polvos de orégano. Se obtenían así: «Molían flores de orégano que debían estar muy secas, hasta que las partículas estuvieran bien menudicadas. Se tamizaban con un cedazo. El polvillo resultante se aplicaba a la par-

te escocida. Si el escozor era muy agudo friccionaban la parte escocida con una mezcla de agua y aceite y después la espolvoreaban con el orégano. También empleaban para aliviar el escozor de los niños la «quera». Lllaman «quera» al polvillo que se desprende de los orificios que hace la polilla en las tablas viejas.

(Núm. 86) Había costumbre de frotar las partes doloridas de los niños con agua bendita, con aceite...

La fiebre (Núm. 87)

A un médico que preguntó en Artaza si el enfermo tenía fiebre, la dueña de la casa contestó: —«Gracias a Dios esa enfermedad no se conoce aquí...; pero tiene una calentura...».

La fiebre no se tenía como efecto de la enfermedad, me dicen en Larraona, sino que se creía deberse a un «golpe de sangre» por haber comido demasiado o haber hecho un esfuerzo excesivo.

(Núm. 89) Para combatir la fiebre se le aplicaba al enfermo en la frente compresas de agua fría, vinagre o alcohol.

(Núm. 90) Como remedios contra el dolor de garganta: «colocar en el cuello, al acostarse, un calcetín lleno de «salvau» o ceniza bien caliente o emplastos de linaza».

Para curar las anginas infusión de karraskilla, que adelgaza la sangre.

La coriza (Núm. 93)

La llaman «romadizo». Se cura con infusión de malvas. Para descongestionar la nariz se hacía uso de vapores de flor de sauco (Malvas y sauco cogidos el día de San Juan).

(Núm. 94) Para contener las hemorragias de la nariz se aplicaba agua fresca al cogote.

(Núm. 95) La anemia la combatían con «aceite de hígado de bascalau».

(Núm. 96) La impureza de la sangre se debía a un «pasma». Para combatir la impureza de la sangre se tomaba infusión de karraskilla, de raíz de ortigas o agua de cebada.

(Núm. 98) Para los desarreglos del estómago: infusión de manzanilla, té de las peñas o caldo de ajo. Cuando los niños no hacían bien la digestión (cucen mal) les ponían encima del estómago una pastilla de chocolate, reblandecida al calor y sujeta con una venda.

(Núm. 100) De la diarrea se decía: «tiene una «cirria» que se lo lleva». Se combatía con dulce de membrillo y arroz cocido.

(Núm. 101) A la constipación llaman catarro. Para curarlo se aplicaban al pecho emplastos de linaza o mostaza. Para muchos el remedio contra el catarro era este: «Cocer un puchero de vino, tostar unos «zacuros» de pan, mezclar el pan con el vino y tomarlo. Francisco García, de San Martín, para curar el catarro, fumaba hojas de salvia (salvia officinalis).

(Núm. 102) Como vermífugas se tomaban las siguientes medicinas: Agua de hollín, pan tostado con ajos y anís, y también agua de ajos (se molía una cabeza de ajos, se echaba a un vaso de agua, se dejaba al sereno toda la noche y se tomaba a la mañana siguiente). Algunas madres colgaban al cuello de sus hijos un collar de ajos para ahuyentar las lombrices.

(Núm. 107) De la ictericia de los adultos se decía: «Está amarillo de tanta envidia». La «tiricia» de los niños de pecho se achacaba a una mala digestión de la madre que le daba de mamar o por mamar demasiado deprisa o por haber trabajado la madre demasiado. Para curarla les daban agua de arroz.

(Núm. 110) Para aliviar el dolor de cabeza se aplicaban a la frente paños empapados en vinagre, aguardiente o alcohol.

(Núm. 111) Los gordos y muy encarnados, si sentían mareos, tomaban karraskilla y sobre todo sanguinaria «para rebajar la sangre». Dice Luisa García: «Cuando sentía mareos, mi padre tomaba infusiones de sanguinaria, porque tenía la sangre muy fuerte».

(Núm. 117) Los espasmos nerviosos de los niños eran considerados como efecto de «brujería». Los llevaban a la Virgen de los Conjuros, de Arbeiza.

Las verrugas (Núm. 120)

Para curarlas contaban con una porción de remedios: «Atarlas fuertemente con un hilo delgadico». «Poner al sereno una llave de hierro y por la mañana oprimir con ella la verruga con mucha fuerza». «Untar las verrugas con ajo y después esconder el ajo y no ir a mirarlo». «Frotar las verrugas con leche de higo». (Los higos verdes segregan un jugo blanco por el mango). «Esconder tantas hojas de olivo como verrugas, pero a condición de que nadie sepa donde están y que nadie las encuentre». «Esconder hojas de olivo y no mirarlas más».

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

Los sabañones (Núm. 122)

Se curan frotándolos con ajo o restregando por la nieve los miembros afectados. Quemándolos con un hierro rusiente. (El remedio, observa mi informante, parece un poco cruel; pero dice que después de patear un rato a causa de la quemadura, desaparecen los sabañones y con ello su molesto dolor continuo.)

Inflamaciones (Núm. 123)

Para curar la inchazón se le aplicaban hojas de «lampazo» (lapa) y también vapores de sauco.

(Núm. 125) De las enfermedades cutáneas únicamente daban importancia a la «sarna» y la curaban con un unguento hecho con azufre y aceite.

El panadizo (Núm. 129)

Se curaba metiendo el dedo en un recipiente de agua hirviendo o aplicándole tocino crudo, o cebolla frita en aceite, o cuajo de cordero o un emplasto hecho con migas de pan, huevo y leche.

(Núm. 131) Informa el Sr. Guillermo de Larraona que se decía de los gibosos «que eran como de mala nascencia» y que «no se les consideraba bien». Nuestras abuelas debían de sentir gran aversión a las jorobas porque para evitar curvaturas de espalda, colocaban una tablita alargada y estrecha en el pecho que les obligara a ir bien tiesas. Dice mi informante Emilio que aún debe de haber alguna en su casa nativa de las que usaba su abuela. Se decía también que tocar la giba de un jorobado traía buena suerte.

(Núm. 132) Para curar las ampollas originadas por las quemaduras, se empleaban: la lejía, el chocolate hecho, un unguento de aceite y agua, y el «cerato» que se obtenía con cera virgen derretida en aceite a la que se mezclaba vino batido con nieve y piel de «inchusa» (sauco).

El sarampión (Núm. 132)

En los casos de sarampión colocaban en la ventana un trapo rojo o un papel encarnado pegado al cristal, para que se filtrara en la habitación del enfermo una luz rojiza, que provocase la erupción de las manchitas rojas características de esta enfermedad.

Reumatismo (Núm. 134)

Del aquejado decían: «tiene rumias». Para curarlo echaban mano de los remedios siguientes: «Frotar la parte afectada con ortigas o con ajos y dar friegas con aguarrás». Pero el remedio más estimado en todo el Valle era «la grasa de micharro» (lirón).

También trataban de curar el reumatismo vendando el miembro enfermo con trencilla arrancada a las cajas de los muertos. (A los muertos encerraban en una caja de tabla que construía el carpintero del pueblo y que forraba con tela negra y adornaba con «trencilla de estambre». Muchos arrancaban estas trencillas y las guardaban en sus casas para curar el reuma y los calambres.

La gangrena (Núm. 138)

Se le combatía con «salmuera» (sal y vinagre).

Enfermedades de los ojos (Núm. 139)

Si se trataba de «ojos blandos» (ojos llorosos), se lavan con agua de malvas. Cuando duelen los ojos es conveniente lavarlos con agua de rosas o malvas. Me dice Delfina Martínez, de San Martín (60 años): «Antiguamente íbamos corriendo después de la procesión a recoger las rosas que habían adornado los arcos y altares que se levantaban en las calles el día del Corpus y las guardábamos para curar el mal de los ojos», se cocían los pétalos y se lavaban los ojos con el caldo».

También es bueno lavar los ojos con manzanilla, pero dicen que la manzanilla acorta la vista».

Si se ha tenido un golpe en el ojo y se ha puesto de mala manera, se le aplica «sopa de vino» (se aplica al ojo un trozo de pan empapado en vino bien caliente). También es bueno aplicar a los ojos hinchados manzana cocida en vino a modo de emplasto.

(Núm. 142) El estrabismo se atribuía... «a haber acostado la madre al niño siempre del mismo lau y así se le había torcido la vista», y también «por mirarse el flequillo».

(Núm. 144) Para curar el mal de oído vertían en él leche de mujer o le aplicaban una guata empapada en aceite y manzanilla.

(Núm. 146) Para las paperas, emplastos de linaza.

(Núm. 149) Las muelas y dientes se arrancaban «en vivo». Generosa Cambra acompañó a su amiga Elvira hasta Barindano donde vivía el Practicante Serrano que extraía las muelas con un alicate. Las dos vol-

vieron llorando la una de dolor y la otra de pena. También extraía en San Martín las muelas Pío el carpintero, que tenía alicates y tenazas.

(Núm. 150) Para facilitar la dentición de los niños, se les colgaba al cuello una bolsita con los dientes «de leche» caídos. Me dicen en Larraona: «Los dientes caídos a los niños se arrojaban al *fuego para que el Diablo no jugara con ellos*». Y porque... «si los comía una gallina, salían al niño dientes de gallina (no le salían), si los comía un perro salían al niño dientes de perro». En Artaza los guardaban debajo de la cama.

Las heridas (Núm. 153)

Para cortar las hemorragias de las heridas se las envolvía con telarañas; pero habían de ser de la masandería, que están empapadas de polvillo de harina. Para evitar la infección de las heridas: «coger una hoja de cardo, cortarla en trozos, estrujarla para que el jugo caiga sobre la herida y finalmente poner la hoja aplastada sobre la herida a modo de apósito. Para curar la infección de las heridas, aplicarles apósitos de cebolla, asada con un poco de aceite.

(Núm. 154) Para extraer espinas o pinchos clavados en la carne es un remedio excelente la hiel de cerdo, pero tiene que ser macho y no hembra. Informa Luisa García: «La hiel de cocho que se mataba en casa se guardaba colgada del pilar de la cuadra. Para su uso, se cortaba una chavetita, se la mezclaba con un poco de aceite, se sobaba bien y se aplicaba a la parte en que se hallaba el pincho, vendándolo con un trapo.

Para extraer los pinchos que se clavaban en la carne se empleaban los alfileres del «monumento». Hasta hace todavía muy pocos años se ha conservado en Améscoa una costumbre original, repartir a los niños, el día de Sábado Santo, los «alfileres del monumento». El origen de esta costumbre tuvo que arrancar de cuando el «monumento» para reservar el Santísimo el día de Jueves Santo se haría a base de telas que requerirían para su colocación gran cantidad de alfileres que después de su uso repartirían a los niños para que jugaran con ellos. Debió de arraigar de tal forma esta costumbre, que últimamente, a pesar de no emplearse alfileres en el monumento se compraban sin otra finalidad que dárselos a los niños. Para que estuvieran bendecidas, las colocaban debajo de la almohada de la cruz que se adoraba en el Jueves Santo. Lo refiere así Victoria Martínez (80 años): «A mí me ha tocado varias veces ser «mayordoma» de la ermita y encargarme del «monumento». Compraba un duro de alfileres para repartir a los chicos. Los solíamos colocar debajo de la almohada en que se apoyaba la Cruz de la adoración del Jueves y Viernes Santo y con ello quedaban bendecidos. Los distribuíamos el Sábado de Gloria muy de madrugada, pero

no faltaba ni un chico al reparto. Los chicos entregaban en casa algunos alfileres que los hombres clavaban en el cerquillo de la boina para servirse de ellos cuando querían sacar los pinchos que se clavaban en la carne. Los restantes los dedicaban para sus juegos».

(Núm. 157) Para curar las mordeduras de los perros, se quemaba la herida con un hierro rusiente (por miedo a la rabia). También se le aplicaba una estampa de Santa Quiteria. Me dicen en Larraona: «Echaba el Cura la bendición y le aplicaba la estampa de la Santa abogada contra la rabia».

Las fracturas de los huesos (Núm. 158)

Se curaban entablillando el miembro roto con «zaricas» de avellano, bien ensambladas con pez y una venda de trapo.

Los retorcijones (Núm. 159)

Se rreglaban envolviendo la parte afectada con paños empapados en sal y vinagre y vendándola fuertemente.

(Núm. 168) Los corpulentos eran tenidos como más fuertes y sanos y si a esto se añadía en la mujer una buena cabellera, era todo lo que se podía pedir como de buen ver y donaire...

Dicen que tienes buen moño
Y que luces buen «rodete»
Yo digo que no es tu pelo
Que son trapos que te metes.

III VIDA RELIGIOSA

Prácticas individuales o en familia (Núm. 171)

La Fe informaba toda la vida de nuestros pueblos. Era una Fe ingénu-a, sencilla, sincera... A la luz de esta Fe adquirían una explicación convincente su existencia y sus avatares... Era una Fe que daba a su vida un sentido trascendente en que se fundaba su Esperanza.

Sospecho además que nuestros mayores tenían una conciencia clara de sus limitaciones y de su indigencia... *se creían necesitados de apoyo.*

Me dice una de mis informantes de sesenta y cinco años, que su madre les repetía con insistencia machacona: «Todo se puede llevar en esta

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

vida con la ayuda de Dios, sin su ayuda nada se puede...» «Tenemos que invocarle en todo momento».

Su Fe en un Dios personal, no sólo quietaba esa reflexión «precientífica por su total sencillez que se hace todo hombre a la vista de las obras de la Creación»¹⁰, si que también venía a satisfacer su *perentoria necesidad de apoyo*.

Una preocupación grande sobre su salvación, les empujaba, *para asegurarla*, a realizar prácticas piadosas, en especial aquellas que decían *tener mucho mérito* y aquellas con que se ganaban indulgencias. Daban excesiva importancia a las fórmulas y a detalles de orden ritual.

En consecuencia, todo el quehacer diario de nuestros abuelos iba salpicado de prácticas religiosas... Todos los niños, sin excepción, aprendían desde pequeñines las oraciones «de lavantar de la cama» y «de acostarse», que después de mayores continuaban practicando todos o la mayor parte. Las más comunes eran: «hacer por lá» (signar y santiguarse); las tres avemarías; tres invocaciones a Jesús, José y María con una petición en cada vez; una oración al Angel de la Guarda que decía —«Angel de mi Guarda — dulce compañía — no me desampares — ni de noche ni de día». Algunas personas más rezadoras y que andaban a la caza de fórmulas raras, recitaban:

Como me echo en la cama
Me echaré en la sepultura
En la hora de mi muerte
Amparadme, Virgen Pura.

Al oír las campanadas del mediodía, los hombres que estaban en el campo descubrían su cabeza y rezaban las «avemarías del Angelus» y en el frontón se suspendía el juego y todos, descubiertos, contestaban al recitado que dirigía el Cura o un anciano.

En todas las casas se bendecía la mesa al comer y cenar.

Magdalena Azpilicueta (84 años) Teodora Sanz (72 años), me confesaron que al entrar el pan en el horno, rezaban siempre un «padrenuestro» a las Almas del Purgatorio.

El Rosario

El rezo del Rosario lo introdujeron en Améscoa los Obispos de Pamplona y de Calahorra en el siglo XVII. Decía D. Pedro Lepe, Obispo de Calahorra y La Calzada a los fieles de Aranarache en el año 1694 «Iten

¹⁰ *Cristo y las Religiones*, de F. KÖNIG, "Bac", núm. 200, p. 41.

exortó, encargó y en caso necesario mandó al Cura de la dicha iglesia y en su ausencia al Beneficiado mas antiguo que residiera en ella, que todos los días del año convoque a sus parroquianos, tocando la campana en los días festivos a la hora de las vísperas y en los días de labor antes de anochecer y juntamente con ellos rece el rosario de Nuestra Señora, por cuya intercesión unos y otros conseguirán la piedad y clemencia de su Hijo precioso en inefable aumento de bienes espirituales y también temporales y para que con mayor fervor se continúe tan santa obra, S. Illma. concede a cada uno de los que asistan a ella, cuarenta días de indulgencia»¹¹. Y en 1685 el Obispo de Pamplona dá este «mandato» a la parroquia de San Martín: «Iten mandó S. Illma. que el dicho Abad y los demás clérigos asistan todos los domingos y demás días de entre año a rezar el rosario de Na. Señora, haciendo que el sacristán haga la señal para que los fieles que hubieren devoción asistan a él, advirtiéndoles cómo S. Illma. concede a cada uno cuarenta días de indulgencia»¹².

Esta devoción del rosario arraigó muy mucho en nuestro Valle, de forma que, además de ser un acto comunitario su rezo en la iglesia, vino a convertirse en oración de familia en todos o la mayor parte de los hogares, por lo menos en las veladas invernales.

Longinos era guarda de la sierra de Santiago de Lokiz, de cuya parzonería era mi padre secretario de la Junta allá a principios de siglo. En casa de Longinos dirigía el rezo del rosario todas las noches el abuelo, que tenía la costumbre de rezar, a continuación de los misterios y la letanía de la Virgen, una serie interminable de «padrenuestros» a un sin fin de santos, con la particularidad de que el último «padrenuestro» era para San Pedro. Ocurría con frecuencia que el buen anciano dormitaba, a veces hasta perder el orden de su recitado y verse en la precisión de pregunta: —¿Dónde voy...?

Indefectiblemente los chicos contestaban: —En San Pedro, abuelo... Y el buen anciano obsequiaba a San Pedro con su «padrenuestro» y se acababa el rezo.

Oración comunitaria (Núm. 171)

Para aquellas gentes cuyos recursos económicos eran tan limitados, un fallo en la cosecha o una epidemia en el ganado constituían una auténtica desgracia. De aquí aquel estar pendientes siempre del cielo y de sus fenómenos atmosféricos... y del Creador de los cielos. Esta preocupación constante se traducía en una serie de actos religiosos para pedir protección

11 Archivo Parroquial de Aranarache, Libro 1.º de Fábrica, fol. 30 vuelta.

12 Archivo Parroquial de S. Martín, Libro 1.º de Primicias, fol. 4, vuelta.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

para los campos. En estos actos de culto eran los santos los que se llevaban la palma, y de ellos, los que se consideraban como patronos o protectores especiales contra alguna calamidad... Así Santa Bárbara contra las tormentas... San Gregorio Ostiense contra los animales dañinos y plagas del campo. Como estas prácticas religiosas eran actos de interés comunitario, eran los Concejos o Ayuntamientos los que «corrían con el gasto».

En un cuaderno sin foliar, de cuentas del Concejo de Gollano encontramos esta partida correspondiente al año 1786: «Mas dan en «data» veinte reales fuertes gastados en la Novena que se celebró de instancia de este Lugar al glorioso San Sebastián por los buenos temporales, en que se incluyen el costo de la cera y derechos del cabildo».

Todavía, a principios del siglo el Ayuntamiento de Eulate sufraga el estipendio de varias funciones que hace el pueblo para conseguir ayuda del Cielo en favor de la cosecha. Véanse estas notas sacadas del Calendario local que regía en la parroquia de Eulate en el año 1900:

Noviembre —día 11— Misa solemne al amanecer. Abona el Ayuntamiento el estipendio de la misa. (San Martín era el Titular de la Parroquia.)

Diciembre —día 4— Misa solemne y exposición de la reliquia de Santa Bárbara. Terminada la misa, adoración de la sagrada reliquia. Abona el Ayuntamiento la limosna de tres pesetas.

Mayo —día 3—Conjuro diario en la puerta de la iglesia, desde este día hasta la Cruz de Septiembre. Por este conjuro y las demás excursiones abona el Ayuntamiento cuarenta pesetas. Cualquiera día, después de la Cruz, se celebra una misa rezada por el pueblo por la que abona el Ayuntamiento el estipendio de dos pesetas y después de la misa se marcha con los guardas a poner las cruces en el campo.

Mayo —día 9— (Fiesta de San Gregorio Ostiense). El primer día de fiesta, después de recibir el agua de San Gregorio¹³, se bendicen con ella los campos; terminado el rosario, se principia la letanía de los Santos que se canta procesionalmente hasta la ermita de San Juan, se canta allí una oración y sigue la procesión por debajo del pueblo, pasando por el Camposanto en cuya puerta se reza un responso, allí se termina la de los santos y se continúa con la Lauretana hasta la iglesia.

Mes de Junio —Novena a Santa Bárbara— se termina antes del día 16. Se coloca la Santa Reliquia en una peanita en la parte del Evangelio y se encienden dos velas. Concluída la última misa de la novena, se dá de

¹³ Todos los pueblos de Améscoa-Baja iban en romería al Santuario de S. Gregorio Ostiense en el día de su fiesta, pero los pueblos de Améscoa-Alta no hacían romería. Se contentaban con traer agua pasada por las reliquias del Santo y con ella bendecían los campos.

adorar la reliquia. Por las nueve misas abona el Ayuntamiento la limosna de 25 pesetas.

Junio —día 16— Misa rezada en la ermita de San Adrián a las 4 de la mañana.

Junio —día 23— Misa rezada en la ermita de Santa Nunila y Alodia en Urbasa, a las 4 de la mañana. (Estos días pone el Ayuntamiento una caballería para ir a la ermita.)

Junio —día 25— Misa rezada en la ermita de San Eloy a las 4 de la mañana. Por cada una de estas misas abona el Ayuntamiento la limosna de dos pesetas.

Fiesta de San Gregorio Ostiense

En Améscoa-Baja se celebraba la fiesta de San Gregorio Ostiense desde muy antiguo. Dice el cuaderno sin foliar, de cuentas del Concejo de Gollano: «Año 1781 — Mas dan en «data» quarenta y dos reales, gastados con el Capellán y los vecinos el día que fueron en procesión a la Basílica de San Gregorio Ostiense, como tienen de costumbre, en que se incluyen ocho reales fuertes dados de limosna al Santo y dos pesetas al Capellán».

Me dice el Sr. Mariano: «Era una fiesta grande en San Martín la de San Gregorio Ostiense. Todos los que se encontraban con fuerzas, hombres y mujeres, partían muy de madrugada, en grupo y presididos por el Cura, camino de la Basílica del Santo, que se encuentra en Sorlada. Llevaban un pequeño almuerzo para recobrar energías después de la misa.

El aguacil, Gabiria, subía al alto de Lokiz, a la muga de lo de Améscoa con la parzonería de Santiago y allí asaba los corderos para los romeros. Los chicos bajaban hasta el Corral-nuevo (media hora de distancia del pueblo) y entretenían su espera haciendo explotar en una hoguera unos fósiles a los que llaman «calbarros». Los romeros les arrojaban las «churrupilas» (almendras y chochos) compradas en el Santuario. Mientras tanto en el pueblo no cesaban de bandear las campanas... en ese día había vino a discrección en la torre y en la procesión... El gasto corría por cuenta del Concejo. La fiesta terminaba con un animado baile en la plaza».

EDUCACION RELIGIOSA (Núm. 172)

Había una preocupación muy grande, dice una de mis informantes de San Martín, en acostumbrar a los hijos a las prácticas religiosas¹⁴. «En

¹⁴ Véase *Estudio Etnográfico de Améscoa*, de Luciano LAPUENTE MARTÍNEZ, "Cuadernos de Etnología y Etnografía", núm. 8, pp. 161-62, *La casa escuela de formación*.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

el mes de Octubre tocaba la misa a las cuatro de la mañana (hora solar), pues bien, mi padre iba a esa hora de cama en cama despertandonos a todos, obligándonos a levantar para ir a misa... *el primero el padre*». Esta asiduidad en la asistencia a los actos religiosos se continuaba después. Me dicen en San Martín: «En invierno iban a misa la mayor parte de los labradores, que estaban más desocupados... los escaños de los hombres estaban siempre llenos». Y el Sr. Guillermo de Larraona: «Yo me acuerdo de los carboneros... en cuaresma... venir del monte... a lo mejor mojados... y al rosario». Y añade: «Las madres cuando habían dado a luz, después de «salir a la iglesia», iban un día cualquiera a la ermita de la Virgen «Blanca» a ofrecer el hijo a la Virgen; solían llevar también a sus otros hijos que ya sabían rezar y ante la Virgen recitaban algunas oraciones».

Se estudiaba el catecismo, se estudiaba en la escuela, en la iglesia y a veces hasta en casa... pero era un aprendizaje memorista. Había muchos que sabían de memoria el catecismo del P. Astete, pero escasamente lo entendían. Su bagaje doctrinal era muy reducido como estrecho era su horizonte cultural.

Dado aquel concepto que de la autoridad tenían nuestros abuelos, ...aquel *respeto al Cura ...aquel respeto* a los padres, que en realidad era temor, era la suya *una pedagogía del miedo*. Creían defender su respetabilidad, de la que tan celosos eran, con la amenaza o el castigo y sus mandatos, sus órdenes y sus instrucciones siempre llevaban aparejada la correspondiente pena, caso de no cumplirlos...

Recuerdo con nostalgia aquella canción de cuna con que nuestras madres pretendían amedrentarnos con aquel «Coco» que nadie sabe quien es:

Duermete niño hermoso
Que viene el Coco
A llevarse a los niños
Que duermen poco.

En aquellos tiempos, para que no se alejasen de casa los chicos que con su pantaloncito de gatera comenzaban a corretear por la calles, las madres les amenazaban con los «Mantequilleros» o «Sacamantecas», unos individuos monstruosos que se llevaban los chicos para sacarles las mantecas. Para evitar que jugaran con fuego y se hicieran daño, les advertían: «Si andas con fuego, te mearás en la cama». Y con qué frecuencia y harta imprudencia se abusaba de frases como esta: «Si haces eso, te va a castigar Dios»... o «irás al infierno»... o «no hagas eso que es pecau».

En cierta ocasión, de esto hace ya muchos años, una abuelita amenazaba a su nietecito, en mi presencia, no sé por qué fechoría que había hecho: —«¡Vas a ir al infierno!»...

Y él con la ingenuidad de sus cuatro años contestó: —«Pero me saliré...» A la hora de comer, si lo hacíamos con los mayores, me dice una informante de San Martín, los chicos no podíamos ni «chistar» en la mesa... teníamos que estar completamente callados, sobre todo si se encontraban los abuelos, y si nos daba por reír, inmediatamente venía el castigo: —«coge la boteja y a traer agua de la fuente...»

Pienso yo si este concepto de la autoridad y esta *pedagogía del miedo* no tendría mucho que ver con aquel mirar de nuestros mayores a Dios como un poco lejano y sentir por El un excesivo temor reverencial... y ver en Dios, más que al Padre bueno, al Juez, justo sí, pero severo.

IMAGENES Y SANTOS

Nuestras buenas gentes, tan poco hechas a manejar ideas abstractas, sentían una imperiosa necesidad de sensibilizar en algo concreto y material hasta sus conceptos de la Divinidad. De ahí su inclinación a echar mano de las imágenes y acudir a los santos en busca de ayuda para sus necesidades. He aquí una sabrosa historia contada en San Martín por varios de sus protagonistas: «Román, el de Eulate, estaba de criado para Jesús Ruiz en el vecino pueblo de Arandarache. En aquel entonces se encontraban en Arandarache sin sacristán y el oficio de campanero lo hacían «a renque» entre los vecinos, y tocaba en aquellos días a Román bandear las campanas. Era Noche-buena. Román había bebido un poco más que la cuenta y los amigos que le acompañaban creyeron que no sería capaz, en aquellas condiciones, de subir y bajar de la torre sin tropiezo y menos de bandear las campanas, y le siguieron por reírse de él. Para observar sin ser vistos se escondieron en un rincón de la iglesia y quedaron maravillados de que nuestro hombre cumpliera su cometido de tocar a misa tan frescamente... Pero lo que les dejó estupefactos fue lo que vieron a continuación. Bajó Román de la torre y se llegó hasta el altar donde se encontraba la imagen del Niño Jesús en su cunita de rizos y dirigiéndose a El dijo:

—¡Oye, Chiquito!... si aparecen los gorrines de mi hermano te doy cinco duros...

(Román estaba preocupado por que unos gorrines que tenía su hermano Rufino en la sierra, habían desaparecido de su andada y no podían dar con ellos. Temían que se hubieran perdido.)

Lentamente Román comenzó a irse para atrás, sin volver la espalda y sin dejar de mirar al Niño, pero antes de llegar a la puerta de la iglesia, volvió sobre sus pasos y dirigiéndose de nuevo al Niño Jesús exclamó:

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

—¡Chorra!... ¿no te fías o qué?... Sacó la cartera y dejó junto a la cunita los cinco duros...

Al día siguiente fueron en busca de los gorrines... y... subir el puerto... y... allí estaban».

Entiendo yo, que en la mente de nuestras gentes, Dios y la Virgen atienden a sus hijos a través de las imágenes y que Dios se vale de sus santos como de intermediarios para distribuir sus gracias. Incluso, antaño, nuestros abuelos hacían a los santos tomar partido por un grupo en sus antagonismos de tipo social: San Briz (S. Bricio, discípulo del Obispo de Tours) tenía su ermita en la Aldaya de San Martín, muy cerca del puerto. El topónimo «San Briz» recuerda todavía el lugar donde estuvo emplazada la ermita y la fuente que allí mana, lleva el nombre del santo.

Los carboneros tenían a San Briz por su Patrono y hasta decían que se apareció en el monte. Aún conservan algunas familias, que fueron de carboneros, una leyenda o residuos de una leyenda que Nieves Gil (68 años) me la contó de esta manera: «Siempre que se celebraba alguna misa a San Briz, cuya imagen está ahora en la ermita del pueblo, mi madre y mi abuelo Gregorio comentaban... ¡qué comodidad...! antes se subía hasta el puerto, donde estaba la ermita del santo... pero el que manda, manda... y se lo bajaron al pueblo... pero como el Santo mandaba más... él se escapó y volvió al monte, su guarida...» Y Eugenia López (83 años) me la contó así: «Nos contaba mi madre que cuando se derrumbó la ermita que San Briz tenía en la Aldaya, lo bajaron al pueblo, pero él se escapó y volvió al monte y le tuvieron que reedificar la ermita».

Las decisiones referentes a los intereses del pueblo se tomaban en Concejo que estaba dominado por los labradores. Los carboneros eran una minoría y formaban el grupo más humilde de la escala social.

(Núm. 175) *Responde la religión a las exigencias predominantes de la época actual...? O sólo a impulsos tradicionales y cuadros y estructuras consagradas por prácticas consuetudinarias y ritos de pasaje?*

Reconozcamos que nuestras comunidades cristianas eran lo que hoy se dice «iglesias de cristiandad» en que los hechos religiosos y sociales estaban estrechamente vinculados.

Reconozcamos que el niño es un ser vivo que se desarrolla por la educación y que los padres transmiten a sus hijos su más rica humanidad; pero que a la vez, el niño, al hacerse hombre, decide libremente si desea hacer suya la herencia de sus padres y de la comunidad en que vive o parte de ella; todo lo cual, creo yo, entra en el plan de la Providencia para el desarrollo progresivo de la humanidad.

Admitamos también que la conducta del hombre, antiguo y moderno, está muy condicionada por el medio ambiente (ejemplo patente lo tenemos en la moda) y que esta presión se acentúa en aquellos individuos de carácter borreguil. Sin embargo y no obstante todo esto, la fe de nuestros mayores era eminentemente personal y aceptada libremente, como lo prueba el hecho de que aún en nuestros pequeños núcleos de población, en que la presión del contexto sociológico es muy grande, se daban casos de personas reacias a las prácticas religiosas y de personas que no practicaban, porque no tenían fe. Valga por todos, este testimonio del Sr. Guillermo de Larraona: «Aquí ha habido mucha religiosidad... solo había uno que no iba a misa más que una vez al año... *porque decía que Dios era él*. Pero después cambió... Cuando murió su mujer, fue al entierro con mucho sentimiento y después ya iba a misa continuamente».

AÑO LITURGICO Y FESTEJOS PROFANOS

En el adviento

En muchas casas del Valle, a continuación del rosario, se rezaban las «cuarenta avemarías» diariamente hasta la Noche-buena, y si un día se omítan, al siguiente ochenta. Esta práctica la introdujo a principios de siglo un mendigo que vendía por las casas un librito que contenía esta devoción.

La Noche-buena

Era una fiesta hogareña. El menú de la cena era extraordinario, en lo que cabía en aquellos tiempos. En Larraona entraban esta noche en la cocina, para «cepo» o «tizón» del fogón, un tronco muy grande, lo más grande posible, para que durara hasta el día de Reyes. En Artaza antes de cenar quemaban en el fogón ramos de romero y enebro. Cree mi informante Emilio, que lo harían para perfumar el ambiente, aunque bien pudo tener en su origen un sentido místico. Era costumbre general en todo el Valle, el echar una leña al fuego cada uno de la familia, antes de acostarse, para que *se calentara el Niño Jesús*.

En la misa del Gallo, por lo menos en San Martín y Artaza, tocaban la pandereta acompañando a los villancicos que se cantaban en el ofertorio de la misa y durante la adoración del Niño.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

El día de Pascuas de Navidad

Los padrinos del Bautismo daban a sus ahijados los «aris» (aguinaldos...) turrone, higos, pasas... Antes de dárselas los examinaban de «Doctrina cristiana»; a los pequeños preguntaban el padrenuestro y alguna oración, pero a los mayores les hacían preguntas del catecismo.

La fiesta de los Santos Inocentes

Hacía las delicias de los chicos. Se pasaban el día tratando de dar «inocentadas» con ingenuos engaños y preparando «rabos» de ardilla o pergeñando «rabos» con pieles de conejo para colgarlos en la espalda de las gentes que por la noche acudían al Rosario y provocar el regocijo general cuando conseguían que un individuo entrara en la iglesia, sin darse cuenta él, luciendo un «rabo» a la espalda.

La Noche-vieja

El día de San Silvestre, en Larraona, los chicos de la escuela postulaban por la tarde para una cena y los mozos lo hacían por la noche. Mientras duraba la postulación de los mozos, los muchachos recorrían las calles con pellejos encendidos y gritando:

A quemar el culo — al año viejo
Con un pellejo — viejo, viejo.

En Artaza, en la Noche-vieja, mientras los Mayordomos de los mozos, armados de churros de acebo para aporrear las puertas de las casas, pedían para una cena, los chicos recorrían las calles con pellejos y botas viejas ardiendo y gritando:

Año nuevo — año viejo
Que se termina el pellejo.

Los mozos cenaban en casa del Mayordomo y a los chicos les daban a cada huevo.

Epifanía

La víspera de Reyes por la noche se repetía en Larraona la postulación «al estilo de la Noche-vieja», pero los chicos portaban *cencerros* en lugar de pellejos encendidos. También en San Martín salían los chicos con *cencerros*

LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ

en esta noche «a esperar a los Reyes» y los muchachos mayores, enfundados en mantas blancas de lino, corrían tras ellos a quitarles los cencerros.

Enero - día 17

El día de San Antón, en Améscoa-Baja, llevaban los ganados a una ermita que tiene el santo en Zudaire. Daban tres vueltas alrededor de la ermita y eran bendecidos por el Cura después de la misa.

Febrero - día 3

El día de San Blas era un día de descanso absoluto para los animales de labor. Las mujeres llevaban a la misa, para que el sacerdote las bendijera: un poco de levadura para la primera «masada»; un poco de sal para mezclarla con la que salaban jamones y tocino; agua para beber, trigo y avena para los ganados; una cabeza de maíz para las cabras; galletas, frutas, chocolate...

De Santa Agueda escribí ya en la primera parte de mi Estudio Etnográfico de Améscoa¹⁵.

Jueves Lardero

El jueves anterior a la cuaresma los niños de las escuelas de todos los pueblos de Améscoa celebraban su fiesta grande del «Ardero». Por la mañana pedían para una comida. Les daban huevos, tocino, chorizo, pan y dinero. En San Martín la postulación se hacía con mucha solemnidad. Uno de los niños mayores, designado en la escuela por la suerte de «echar las cartas», se vestía de Obispo, bastante estrafalariamente por cierto. Una camisa del padre, blanca, hace de alba, ciñe la cintura una cinta encarnada, en la cabeza, una mitra de cartón de la que cuelgan cintas de varios colores, el bastón más caprichoso del pueblo hace de báculo y en la mano derecha un anillo. La señora de la casa salía al portal con la ofrenda en un plato de loza y, ceremoniosa, besaba el anillo después de recibir la bendición del Obispo: «La bendición de Dios Padre, el Amor del Hijo y la Gracia del Espíritu Santo sean con Vdes. y conmigo...; Durante la postulación los niños entonaban estas letrillas:

Angelitos somos
Del cielo bajamos
Alforjas traemos
Turrónes pedimos

Si nos dan o no nos dan
Aquí no nos detengan
San Nicolás coronado
Este Obispo es muy honrado

15 Véase *Estudio Etnográfico de Améscoa*, Cuadernos núm. 7, p. 72.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

Estas puertas son de alambre
Que nos morimos de hambre
Estas puertas son de vidrio
Que nos morimos de frío.

En Eulate (Las chicas):

Jueves de Lardero
Viernes de la Cruz
Sábado de Pascua
Resucitó Jesús
Angelitos somos
Del cielo venimos
A pedir andamos
Choricitos y huevos
Si nos dan o no nos dan
Las gallinitas lo pagarán
Un poco de tocino fresco
Que sea de buen pellejo
Que sea de buen cocer
Que las niñas de la escuela
Ya lo sabemos comer
Viva la patrona de esta casa... Viva.

En Zudaire

Jueves de Lardero
Viernes de la Cruz
Sábado de Pascua
Resucitó Jesús
Ardero, ardero
La semana que viene
No comerás cordero
Angelitos somos
Del cielo venimos
Alforjas traemos
Limosnas pedimos
Para Jesucristo
Que viene de camino
Lavandose la cara
Con agua rosada
Que nos den
Que nos den
Buena tajada
Estas puertas son de alambre
Que nos morimos de hambre
Estas puertas son de vidrio
Que nos morimos de Frío.

Por la tarde los niños se divertían disfrazándose con máscaras. A los enmascarados llaman en Améscoa «cachis» y también «chitarros».

El carnaval

Era una fiesta profana de los mozos. Por la mañana, en cuadrilla y con sus guitarras, recorrían el pueblo pidiendo para una merienda. La comida tenía lugar en casa del mayordomo. Por la tarde se disfrazaban con máscaras y todo el pueblo se asociaba a la diversión. Terminaba la fiesta con baile suelto en la plaza. Al toque del rosario, cesaba el baile y la mayor parte de la gente (excepción hecha de los mozos que seguían con su juerga) acudía a una función eucarística de reparación por los abusos de los carnavales.

Miércoles de ceniza

La imposición de la ceniza impresionaba a nuestras gentes, no habría individuo que dejara de asistir a la iglesia a «tomar la ceniza».

La cuaresma

El primer día de la cuaresma se alzaban las guitarras y demás instrumentos músicos y nadie osaría tocarlos hasta el domingo de Pascua. Los domingos por la tarde se añadía a las vísperas y rosario un «vía crucis» cantado; los del coro cantaban una estrofa en cada estación y en todas ellas el pueblo repetía este estribillo: «Llorad pues ojos míos, llorad por vuestro amado». El baile de los domingos se sustituía por el juego de la soga o algún otro entretenimiento. Parecía que hasta el ambiente se impregnaba de severidad.

Semana Santa

El domingo de Ramos todos los asistentes a la misa mayor llevaban ramos de olivo para que fueran bendecidos en la función litúrgica. En todas las casas guardaban esos ramos para colocarlos en las ventanas y distribuirlos por el campo. Les atribuían virtudes contra el rayo.

Desde la misa del Jueves Santo hasta el toque de Gloria del Sábado, el toque de campanas se sustituía por el de las carracas. Ni uno solo de los chicos dejaría de proveerse de su correspondiente carraca a las que llamaban «gárgaras». Los tres días del Triduo Sacro se cantaban Maitines por la tarde a los que acudía todo el pueblo; los niños provistos de sus «gárgaras». Al final de cada salmo se apagaba una de las velas del tenebrario; cuando finalizaban los «Laudes» y el Cura entraba en la sacristía con la única vela encendida que quedaba, se armaba tal algarabía en la obscuridad de la iglesia con el estrépito de las carracas, golpes en el suelo y con los bancos, que era muy fácil evocar las tinieblas y el terremoto que acompañaron a la muerte de Cristo.

Jueves Santo

Era un día cargado de solemnidad, de devoción y de seriedad. Después de la misa se reservaba la Eucaristía en un «monumento» de aspecto fúnebre. Ante él ardía una profusión de luces... tantas velas como casas, ya que ninguna familia se dispensaría de llevar su vela para que ardiera delante del monumento y guardarla después para encenderla en los momentos difíciles y sobre todo cuando amenazara la tormenta. Al pie del monumento se colocaba un Santo Cristo de gran talla, enfundado en una túnica morada y reclinado sobre una almohada. La devoción individual por excelencia del Jueves Santo, polarizaba en la adoración de este Santo Cristo. Todos, sin excepción, repetían a lo largo del día sus visitas al monumento y adoraban la cruz.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

Viernes Santo

Era un día de labor, por lo que la mayor parte de los pueblos celebraban la Acción Litúrgica muy temprano. En Larraona la función era un poco tarde y «todo el pueblo, levantar y lo primero que hacían, antes de arreglar el ganado, era ir a la iglesia, hacer una visita al monumento y adorar la cruz. Existía la creencia de que el primero que llegaba a la puerta de la iglesia, ganaba una indulgencia plenaria. Había porfía por llegar el primero. A eso de las ocho se celebraban los oficios litúrgicos a los que a penas asistían pocos más que los cantores».

Sábado Santo

Poca asistencia a los oficios litúrgicos. Para la hora de la misa llegaban las mujeres con su jarrita de loza o cristal a llevar el agua bendecida. «En Larraona todo el mundo se desayunaba con el agua bendecida con la creencia de purificación. Había la costumbre de esperar sin desayunar hasta que llegara el agua del Espíritu Santo».

Domingo de Pascua

En San Martín una persona de todas y cada una de las casas del pueblo acudía a la sacristía después de la misa mayor a recoger la «oblea». Esta «oblea» era un panel de hostias que todas las personas de la casa comían haciendo previamente la señal de la cruz. En Larraona el reparto de las «obleas» lo hacían los monaguillos por las casas y todos se desayunaban con ellas «Si alguno iba al monte, me dice el Sr. Guillermo, permanecía en ayunas hasta la vuelta. Este ayuno y el comer las hostias se tenía como un acto de purificación». Como en la Pascua de Navidad, también en esta iban los ahijados a pedir a sus padrinos el aguinaldo; pero en esta Pascua el aguinaldo consistía en un bollo con un huevo incrustado. Lo hacían así: Con pasta de pan modelaban un bollo al que adornaban con grageas y picos, echaban encima del bollo un huevo y cocían bollo y huevo al horno. Antes de darles el bollo los padrinos les examinaban de Doctrina cristiana.

El día de la Virgen de Marzo (fiesta de la Anunciación)

Había que rezar «las cien avemarías» precedidas de esta letrilla:

Alma mía, morirás
Al valle de Josafat irás
En el camino encontrarás
Al enemigo malo y le dirás

LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ

Apártate de mí, Satanás
Que el día de la Virgen de Marzo
Cien avemarías recé y otras cien me santigué

Se santiguaban en cada una de las avemarías.

Se decía que el cuco, en su viaje de venida, pasaba por el puente de Roma el día 25 de marzo. El cuco aparece en Améscoa a primeros de Abril y desaparece en el mes de junio, porque dicen que «el día de San Pedro (30 de junio) tiene que cantar en el puente de Roma». El cuco es el ave típica que anuncia la primavera... «ya oirás cantar al cuco», se dice al anciano achacoso para infundirle ánimo, cuando se encuentra deprimido por los fríos del invierno.

San Marcos (25 de Abril)

Eran muy concurridas las letanías de San Marcos y las de los tres días anteriores a la Ascensión, porque en el transcurso de la procesión, se bendecían y conjuraban los campos.

Fiesta de la Ascensión

Aparte de ser un día muy solemne, pocos dejarían de rezar «los cuarenta credos» por la subida de Jesucristo a los cielos, de ellos, veinte derrodillas y los otros veinte de pié.

Día de la Cruz (3 de Mayo)

En Larraona en ese día «el Cura con los monaguillos salía procesionalmente con una cruz que colocaba en el pretil del pórtico de la iglesia y que permanecía allí hasta el 14 de septiembre en que con el mismo ceremonial tornaba a la sacristía. Después un día cualquiera el Cura llamaba a los monaguillos y se iba con ellos por todo el término colocando cruces que él mismo había hecho con palos de espino».

Pascuas de Pentecostés

El segundo día de Pascua de Pentecostés tenía lugar la romería a Santa Teodosia, abogada contra el reumatismo y el dolor de muelas. Tiene la Santa su ermita en Encía, prolongación en Alava de la sierra de Urbasa, y a principios de siglo contaba con un ermitaño a su servicio. A la romería acudían gentes de muchas partes. Por la mañana se celebraba la misa y después reinaba la alegría, porque la mayor parte era gente joven. En aquel entonces había en San Vicente de Arana unos estupendos guitarristas que animaban

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

la fiesta. «En Larraona en este segundo día de Pascua se hacía una procesión por todos los sembrados, bendiciendo los campos con el agua de San Gregorio y la del Espíritu Santo».

Fiesta del Corpus Cristi

Acto culminante de la fiesta litúrgica era la procesión eucarística. Todas las casas se adornaban con colgaduras en las ventanas donde lucían las mejores sobrecamas y sábanas del ropero. Y trenzaban un alfombrado de yerba en las calles por donde había de pasar el Santísimo. Para dar desde él la bendición eucarística se levantaban unos o varios altares. Las rosas de estos altares y las de los arcos que realzaban el recorrido de la procesión, las llevaban a las casas y las guardaban para curar los males de los ojos.

En Artaza ponían sobre el altar «roscos» que luego se consideraban bendecidos.

Mes de Mayo

En todos los pueblos de Améscoa se fundó en el siglo pasado la Asociación de Hijas de María. Ingresaban en la Asociación todas las niñas a los diez o doce años y pertenecían a ella, mientras permanecían solteras. Eran Las Hijas de María las mantenedoras de las fiestas de la Virgen, especialmente la de la Inmaculada Concepción y del «Mes de Mayo», en el que diariamente se hacía el ejercicio de las flores «que consistía en un recital de oraciones que terminaba con un canto a la Virgen. En los domingos y fiestas el «ejercicio» se realizaba con la presencia de niñas vestidas de blanco «para echar las flores». Portando un ramo de flores se acercaban hasta el altar de la Purísima y al ritmo del canto lo levantaban en alto en ademán de ofrecerlo a María.

Día de San Juan (24 de Mayo)

A principios de siglo iba perdiendo vigencia la costumbre de la «sanjuanada» (abluciones en las fuentes antes de salir el sol) y lo de los espinos, malvas y flores de sauco... Lo que en estos tiempos daba carácter al día de San Juan era la fiesta profana de mozos y mozas. Es de advertir que también las jóvenes solteras formaban una asociación o mocería en la que ingresaban alrededor de los dieciocho años. (A las que habían salido de la escuela y no alcanzaban esa edad, llamaban «mozas de medio morro»). Al acercarse el día de San Juan se reunían las mozas para elegir por la suerte de las cartas la «mayordoma» en cuya casa celebrarían la comida y el jolgorio. (Los mozos ya habían elegido sus «mayordomos» el día de Santa Agueda). Las

que en ese día pagaban la cuota de una peseta ya pertenecían a la «cuadrilla» con todos los derechos.

Lo más emotivo para los protagonistas tenía lugar la noche precedente de San Juan en que los «mozos» cortaban ramos de fresno y colgaban enramadas en puertas y ventanas de las mozas. A la vez, en su «ronda» por las calles con guitarras y sus jotas «daban música» a las chicas que emocionadas agradecían la delicadeza, lanzándoles desde su ventana algún dinerillo o tal vez un bollo con grageas.

La celebración de la fiesta se reducía al «guitarrear» de los mozos por las calles a la vez que pedían para la comida, a la comida que mozos y mozas celebraban en las casas de sus respectivos mayordomos y al baile en la plaza por la tarde. Bueno, hay que añadir en esta fiesta de San Juan una nota simpática: Las mozas iban de víspera al monte a «muir» (ordeñar) las cabras. Previamente el cabrero se las había encerrado en un corral de Lokiz. Con la leche hacían «natilla» y agasajaban a los mozos con tres o cuatro fuentes de tan exquisito postre, y estos a su vez obsequiaban a las mozas con un cuarto de cordero.

En el verano

Las tareas de siega y trilla agobiaban de trabajo y a penas quedaba tiempo para rezar... «todo eran prisas»... Se suprimía el rosario de la iglesia desde el día de San Pedro hasta San Miguel. Se trabajaba los domingos, las misas eran rezadas y sin sermón y el rosario de la tarde poco concurrido.

Un alto en esta brega eran los días de Santiago y la Asunción. Se llamaba a esta fiesta «la Virgen de Agosto» que realizaban con procesión por las calles del pueblo con una imagen de la Virgen.

Me dice el Sr. Guillermo que en Larraona tenían mucha fe en San Benito y si el tiempo iba excesivamente seco, se bajaba su imagen desde la ermita que tiene el Santo en Urbasa y se le hacía una novena en el pueblo...«porque se tenía mucha atención a San Benito».

El mes de octubre

Era en este mes del Rosario, juntamente con la Cuaresma, cuando más concurridos se veían los actos religiosos. En todos los pueblos se celebraba la misa muy temprano, se salía para amanecer. Como testimonio de excepción recurramos al Calendario local de la parroquia de Eulate de 1900, que en lo referente al mes de octubre reza así: «Misa rezada todo el mes a las cuatro de la mañana. El primer domingo exposición mayor del Santísimo en la misa. Por la tarde se va en procesión hasta el Calvario. Allí se principia la

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

letanía Lauretana y se termina en la iglesia. Los demás domingos se sale en procesión con los estandartes, sin imagen, por los árboles del pórtico cantando el último misterio del rosario».

Sobre el modo de celebrar *el Día de Animas (2 de noviembre)* escribí ya en la segunda parte de mi Estudio Etnográfico de Améscoa — Cuadernos Núm. 8 — pág. 147).

MUNDO MAGICO

Entre el revoltijo de mis recuerdos infantiles conservo perfectamente el eco del «cun - cu - nanda». Durante el mes de mayo y al filo del medio-día, se reemplazaba el «toque del Angelus» por un tañido de campanas que los chicos imitábamos con esta letrilla:

Cun - cu - nanda; cun - cu - sí
No te caigas; sobre mí
Guarda el pan; guarda el vino
Guarda los campos; que están floridos

En Améscoa-Alta la cantinela era distinta:

Tente nublo - tente tú
Que más puede - Dios que tú ¹⁶.

Salta a la vista que se trata de un conjuro mágico para ahuyentar la mala nube.

Todavía a principios de siglo tenían vigencia algunos ritos mágicos a los que con el tiempo fueron adhiriéndose fórmulas y objetos cristianos y que aún se practicaban en Améscoa a impulsos, creo yo, de una fuerza atávica. Aún podía verse, no hace todavía muchos años, sujeto a la herradura del cabezal de la puerta de alguna casa, el ramito de espiño para defenderla de los rayos, pero debía ser cortado el día de San Juan antes de salir el sol.

Me cuenta Magdalena Azpilicueta (84 años) que cuando ella era joven, si se encontraban en la pieza a descampado cuando venía un nublado, se ponía en la cabeza un ramito de olivo bendecido el día de Ramos, para protegerse del rayo. El Sr. Guillermo me informa que en Larraona, para defen-

¹⁶ Tanto en "cuncu-nanda" como el "Tente nublo" son letrillas importadas. En Améscoa no había viñas, ni en Mayo están los campos floridos. El "cuncu-nanda" estaba muy generalizado en la Zona de Estella y el "Tente-nublo" en la Comarca de Santa Cruz de Campezo (Alava).

derse del rayo, llevaban una cruz de espino; los hombres en la boina y las mujeres en el pañuelo.

Era de ver la unción con que nuestras abuelas, y también nuestras madres, al «echar la clueca», tomaban la gallina en sus manos y hacían con ella la señal de la cruz sobre el nido de huevos a incubar, al tiempo que recitaban:

Glorioso San Salvador
Catorce pollitas y un cantador.

Ahora bien, el objeto mágico por excelencia para proteger la cosecha contra las tormentas y la mala nube, fue el «mayo». El «mayo» era una haya lo más esbelta posible, (una chara) que cortada de hondón, libre de ramas y bien arreglada, se plantaba en el pueblo, bien tiesa y cerca de la iglesia. Ya este árbol tendría en sí una virtud mágica, pero para darle más eficacia, colocaban en él un gallo hecho de tabla, al que agujereaban con un berbiquí para incrustarle las plumas y al que plantaban en la cabeza una cresta de tela encarnada. El gallo debía colocarse mirando hacia el término sembrado de trigo «para que guardara la cosecha». En Larraona, además del gallo, ponían en el «mayo» un trozo de vela del tenebrario con dos ramitos de olivo bendecidos el domingo de Ramos y un poco más abajo un velo blanco con cintas, cruces y cascabeles. (A las velas que habían ardido en el tenebrario mientras los Maitines de la Semana Santa, se les atribuía una virtud especial para ahuyentar el pedrisco. En Artaza las repartían los monaguillos por la casa el día de Sábado Santo y las guardaban para encenderlas durante los nublados. El Cura de Larraona recogía la que había ocupado la parte central del tenebrario y la conservaba para dársela a los mozos para el «mayo».

En Améscoa-Baja hacía tiempo que habían perdido la fe en las virtudes mágicas del «mayo», solo se conservaba la costumbre de ponerlo como puro folklore. No así en Larraona donde se dió la casualidad de que en el año que dejó de ponerse el «mayo», cayó una pedregada y los más crédulos pusieron el grito en el cielo: «Ha sido por no poner el mayo». Entonces tomó cartas en el asunto el Concejo y acordó: «Todo hombre que en el día señalado se encuentre en el campo de peñas abajo y del río hacia el pueblo, y al toque de campana no acuda a levantar el «mayo», tiene que pagar dos pesetas de multa». Los «mantenedores» de la fiesta eran los mozos, a ellos entregaba en Cura la vela del tenebrario y para ellos era el producto de la venta de la madera, una vez que el «mayo» había terminado su cometido.

En San Martín, en cambio, era cosa de niños. Entre ellos sorteaban en la escuela el cargo de «mayordomo del mayo» cuya familia era la encargada

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

de cortar y acarrear el árbol hasta el pueblo. Los niños lo arreglaban, y el primer domingo de mayo, después de la misa mayor, con el buen humor que proporciona la salsa de unos tragos de vino a cargo del Concejo, entre chicos y grandes levantaban el «mayo».

San Martín de Améscoa, 25 de mayo de 1972

LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ

APENDICE

(Documentos del Archivo Municipal de Améscoa Baja)

- I. *Auto sobre regalo al Valle de Améscoa Baja de una reliquia de Santa María Magdalena. Año 1785.*

«En el lugar de Zudaire a cinco de Junio de mil setecientos ochenta y cinco, ante mí el escribano infrascrito y testigos avajo nombrados, son presentes Fernando Martínez Alcalde deste Valle de Améscoa la baja... (siguen los nombres de los representantes de cada uno de los pueblos) ...sinque falte ninguno de sus reximientos, con expresa orden verbal que dijeron tienen de los vecinos del dicho Valle, proponen que este (el Valle) mereció de la piedad y zelo de el Padre Zeledonio Zudaire religioso capuchino natural de este Lugar, hijo de Antonio Diaz, maior, y de Eulalia Saez de Jauregui, su muger, vecinos de él, le regalase un hueso o huesos de el cuerpo de Santa María Magdalena, en atención a la especial, particular y general devoción que an tenido y tienen todos los vezinos de este Valle, por haver merecido con el ausilio de la Santa el remedio de sus necesidades, lo que apreció el Valle y estimó con toda veneración y esplicandolo, suplieron de sus propios y espensas el guarnecer y erijirle el adorno debido de plata para mayor decencia, deliberando al tiempo quedase dicha reliquia o huesos en la Iglesia del dicho Lugar de Barindano, ofreciendose al público en las necesidades del Valle y en las que ocurriesen a los vecinos así particular como concejilmente, que se les entregase con las debidas formalidades para su adoración y remedio. Y porque se halla dicha reliquia con sus autenticas que acreditan lo cierto de ella y este Valle tan favorecido de la Santa y sin estender auto de lo referido, por el presente y su thenor quieren y determinan que sea y se entienda en lo subcesibo haber merecido este Valle el regalo ynsinuado y haber satisfecho en dicha reliquia de plata como cinquenta pesos, poco más o menos, y que en todas quantas urgencias y necesidades

LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ

ocurran a este dicho Valle, se exponga dicha Santa reliquia a publica benedición y adoración; y así mismo a qualquiera de los pueblos de este Valle o sus vezinos se haia de entregar con las seguridades y decencia mas correspondientes y, así se hiciere el uso debido, se debuelva en toda forma a dicha Iglesia de Barindano y requieren a mí el escribano aga auto público, e yo, a su pedimento, lo hize así, siendo testigo Martín de Andueza, vezino de Vaquedano y Juan Sanz y firmaron los que dijeron savían y en fe de ello yo, el escribano que los conozco ... Ante mí Manuel Antonio Ganuza — Escribano.» (Archivo del Ayuntamiento de Améscoa Baja — Legajo A...2 Núm. 20.)

II. *Auto de colocación en San Cristobal de las Santas Nunila y Alodia.* *Año 1791.*

«En el Lugar de Ecala de este Valle de Améscoa la baja a veinte y ocho de Septiembre de mil setecientos noventa y uno, ante mí el escribano Real y testigos avajo nombrados, son presentes Fernando Martínez Alcalde y Juez ordinario... (siguen los nombres de los representantes de cada uno de los pueblos del Valle) ...y con orden verbal que tienen de los vecinos de los respetivos Lugares dijeron que de tiempo inmemorial acá an acostumbrado los vecinos deste dicho Valle, en tiempo de necesidad de aguas y otras rogaciones, suvir en procesión a una Basílica propia del Lugar de Eulate sita en los montes reales de Urbasa con los sacerdotes destinados a este fin llevando la efixie de Santa María Magdalena desde la parroquia de Barindano y en varias ocasiones los que así an suvido padecían algunos trabajos, lo uno por lo largo del camino y buelta que tomaba la procesión y el mayor y mas principal porque con las muchas lluvias que ocurren no puede la jente transitar por los caminos, y a fín de remediar estos incombenientes, trataron y juntos todos los vecinos deliveraron el que se fabricasen dos efixies de dichas santas Nunila y Alodia y que puestas en la Basílica de San Cristoval sita en terreno del referido Lugar de Barindano, se hiciesen a esta las procesiones de rogación y otras que tuviere por conveniente el Valle y que se redujese a auto para que constase en todos los tiempos. Y porque se an construido ya, teniendo de coste en madera a ciento y cinquenta reales fuertes cada una; el dorar y pintar treinta pesos fuertes ambas; la conducción veinte y tres reales fuertes; trece maravedis y ocho reales fuertes otros gastos menudos que an ocurrido, y, puestas en la referida Basílica de San Cristoval, supliendo los expresados reales este Valle de sus propios y rentas mediante lo que tienen tratado y conformado todos los vecinos en concejo, asientan por auto, que de aquí adelante se agan todas las procesiones de rogación y otras que delivere el Valle, a dicha Basílica de San

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

Cristoval donde se an puesto las santas Nunilo y Alodia así como antes se hacían a la Basílica de la mencionada sierra mientras que otra cosa no se delivere; que los sacerdotes que acuden por turno de este Cavildo a dichas procesiones se les dé de las rentas del Valle, por razón de limosna, a cada seis reales fuertes y a los que quisieren asistir con misa y la an de celebrar precisamente en la Parroquia del Lugar de Barindano o Basílica de San Cristoval, a cada quatro reales fuertes y al que asistiere y no celebrare dicha misa, dos reales fuertes; Y en quanto a las obligaciones que tiene el Capellán de la referida Basílica de San Cristoval, quieren que quede sujeto y ligado a lo que está capitulado en el auto de la fundación; de todo lo qual me requirieron hiciera este auto que lo firman los que dijeron saver, siendo testigos Martín Mendoza y Angel Arana ... y en fé de ello yo el Escribano — Rafael Ororvia.»

(Archivo del Ayuntamiento de Améscoa Baja — Legajo A...2 Número 24.)

